

biendo, según ellos, estas ofrendas conjurar á los demonios y ahuyentar la muerte.

En cuanto á los laotianos, aunque supersticiosos, me parecían muy aguerridos, sobre todo los que hacen anualmente este viaje ocho ó diez veces. Ni siquiera temen despertar al Rey del Fuego disparando contra la caza y los ladrones que se presenten. La muerte sin embargo recluta diariamente, hasta en la buena estación, uno ó dos individuos de cada diez recién venidos que atraviesan el bosque. Supongo que el número de los que en este terrible paso pagan su tributo, ya á la enfermedad, ya á la muerte, debe ser considerable en la época de las lluvias. Cuando todos los torrentes se salen de madre, y la tierra está completamente inundada, y el camino todo entero no es mas que un bache, y cubren los arrozales algunos pies de agua, y el viajero no deja de transpirar en medio de una atmósfera de una fetidez suma, caliente como una estufa y cargada de miasmas pútridos, ¡cuántas víctimas deben sucumbir!

Dos chinos de nuestra caravana llegaron á Korat con una fiebre horrible. Pude salvar á uno de ellos, porque avisado á tiempo, le administré quina; pero el otro, que parecía sin embargo mas robusto, estaba ya casi muerto cuando yo supe que estaba enfermo.

Nuestra primera parada en el Dong-Phya-Phaye habia sido en el reverso occidental de la montaña. Acampamos en una ladera en que nuestros pobres bueyes, por falta de yerba, tuvieron que comer algunas hojas arrancadas á los arbustos. El rio que baja de estas alturas es el que pasa cerca de Korat. En la colina de la opuesta margen acampaba otra caravana de mas de doscientos bueyes.

En una garganta de la montaña, y á alturas casi inaccesibles y sumamente terciarias, he hallado una pequeña tribu de karianos que habitaba en otro tiempo las cercanías de Patawi. Para conservar su independencia, viven casi secuestrados, porque por miedo á las calenturas no penetran los siameses en sus guaridas. No tienen templos ni sacerdotes; cultivan su arroz magnífico y varias especies de plátanos que no se encuentran sino entre las tribus del mismo origen. Muchos individuos, aunque viven muy cerca de ellos, ignoran hasta su existencia; verdad es que son algo nómadas. Otros pretenden que pagan anualmente un tributo que consiste en rake, y que no es otra cosa mas que la goma laca ó laka del Japon. Es sin embargo cosa bastante contradictoria que el gobernador de la provincia de Korat y varios jefes de la de Saraburi nada absolutamente saben acerca del particular.

Al día siguiente, después de una vuelta de algunas millas al Norte para hallar un paso, subimos una nueva cordillera paralela á la otra, pero cubierta de

moles de asperon, y en ella la vegetación se vuelve á presentar con toda su fuerza. El aire es puro y fresco, y gracias á reiterados pediluvios en los manantiales de agua corriente, los pies, que estaban en carne viva al principar el viaje, empiezan á reforzarse. Se oyen de nuevo los chillidos de los todopicos y guacamayos. He muerto varios faisanes, pavos y una águila, que después de desollada, forma las delicias de mis conductores. Mas allá del monte, el terreno se vuelve arenoso y la vegetación decae. Acampamos de nuevo en las márgenes del rio de Korat, á 300 metros de una aldea que lleva el pomposo nombre de cabeza de distrito.

Entonces la última cordillera que acabamos de atravesar se levanta á 1 legua de nosotros como un sombrío parapeto sobre el cual descuellan como cúpulas las crestas de la primera.

Todos los conductores son laotianos de las cercanías de Korat; su viejo jefe me prodiga las mayores atenciones, todas las tardes prepara mi puesto para la noche, apisona la tierra, corta ramas y construye un techo de hojas para preservarme del rocío. La vida de estos bravos es dura; todos los días y en todas las estaciones huelen estos espantosos senderos, teniendo apenas el tiempo suficiente para tragar algunas pelotillas de arroz pegajoso, y pasando en vela la mayor parte de las noches, martirizados por las hormigas blancas y en guardia siempre contra los ladrones.

Todos los días nos cruzamos con una ó dos caravanas de ochenta ó cien bueyes cargados de pieles de gamo, de ciervo, de pantera y de mucha seda en rama, procedente del Laos oriental, y de langutis de algodón y seda, de colas de pavo, de marfil, de elefante y de azúcar, aunque de este último producto es pequeña la cantidad.

Los cuatro días siguientes el terreno conservaba el mismo aspecto. Atravesamos varias aldeas considerables, entre ellas Sikieu que alimenta un ganado de mas de seiscientos bueyes pertenecientes al rey. Diez días pasamos en ir de Keng-Koe á Korat, donde fui perfectamente recibido por el gobernador, el cual, á mas de las cartas que ya tenia, me dió otra para los funcionarios de las provincias que se hallan bajo sus órdenes, obligándoles á alquilarme á mi primera indicación todos los bueyes y elefantes que buenamente necesitase. La mayor parte de la población me salió al encuentro con Phrai á la cabeza, y varios habitantes me colmaron de obsequios, de suerte que me proveyeron abundantemente de sacos de arroz, pescado, frutos y tabaco.

El barrio chino de esta ciudad cuenta de sesenta á setenta casas construidas en anchos ladrillos secados al sol, y rodeados de empalizadas de 9 pies de altura y fuertes como las de un parapeto.

Todas estas precauciones son indispensables, por-

que Korat es una guarida de ladrones y asesinos, donde se acumulan las heces de dos razas, la siamesa y la laotiana, bandidos y gentes perdidas, escapados de la esclavitud ó de la cárcel, y que encuentran allí un teatro mas digno de sus hazañas, como los monos y los lobos que siguen los ejércitos y las caravanas. Y no es que gocen de una impunidad completa, pues el gobernador de Korat, hijo del general que sometió á Batambang y las provincias rebeldes de Cambodge, es virey de este pequeño Estado, en que tiene derecho de vida y muerte, y según se dice, hace uso de este derecho con una sangre fría implacable, mandando cortar una cabeza ó un puño como quien se bebe un vaso de agua. La justicia siamesa es siempre la misma, sumaria pero poco lógica. Aquí no hay gendarmes ni policía; el robado es quien, si puede, prende al ladrón y lo lleva delante del juez, sin que pueda prometerse auxilio ni de su mismo vecino.

Yo trataba de alojarme. Me dirigí á los chinos para proporcionarme un asilo algo mayor que aquel en que Phrai se habia metido con mi equipaje y en poco tiempo logré mi objeto.

A la estremidad del barrio chino, que es el bazar, empieza la ciudad propiamente dicha, encerrada en una muralla cuadrada cuyos lados son cada uno de $\frac{1}{2}$ milla, formada de concreciones ferruginosas y de asperones estraidos de montañas lejanas, y que conocí á la primera mirada que era obra de los khmerdom.

En el interior se encuentran la residencia del gobernador y la de todas las autoridades, algunas pagodas, un parador, y hay además un gran número de habitaciones que no están comprendidas dentro del recinto. Un arroyo de 8 metros de largo, que atraviesa la ciudad, tiene en sus orillas plantaciones de cocoteros y otros árboles.

La ciudad de Korat propiamente dicha no debe contener mas allá de cinco ó seis mil habitantes, y en este número van comprendidos seiscientos chinos, en parte venidos directamente del Celeste Imperio, en parte dependientes de padres residentes ya en el país. Todos difunden su comercio desde Korat por la provincia y camino de Bangkok.

Tanto como tienen de descomedido los siameses venidos del exterior, tienen de afables y dignos los chinos.

Se encuentra aquí el contraste entre la civilización y la barbarie, entre la masa de los vicios que engendra la pereza y las cualidades que da el hábito del trabajo. Desgraciadamente, el bienestar que el comercio da á todos aquellos infatigables mercaderes y traficantes les procura también el medio de satisfacer sus terribles pasiones: el juego y el opio. Se les ve con demasiada frecuencia debajo de los cobertizos, con su largo

y flaco espinazo encorvado, con los dedos crispados sosteniendo las espantosas cartas, ó bien sumidos en una especie de letargo, en el fondo de sus sombríos, sucios é infestados aposentos, alumbrados solamente por la débil luz de su lámpara de fumador de opio. La plata sale á manos llenas de sus bolsillos, pero concluye siempre como en Bangkok, por volver á manos de los mandarines. Jugadores ó no, el comercio enriquece á la mayor parte, y aunque empiecen pobres y con mercancías prestadas, sin mas garantía que la simple recomendación de un amigo, por cualquier compatriota de los que abundan en los almacenes, un pequeño número de viajes basta, al parecer, para que formen un capital.

Las mercancías, de las cuales la seda, aunque de una calidad muy inferior, forma el principal artículo, bajan á este mercado del Laos oriental de Uubone, de Bassac y de Jasoutone. El siamés, como dice él mismo con una altanería verdaderamente castellana, en ninguna parte sabe producir mas que arroz.

Aunque la ciudad de Korat es poco populosa, la provincia entera, que tiene una multitud de aldeas y mas de once ciudades pequeñas ó cabezas de distrito, que se encuentran á cuatro, seis ú ocho jornadas de distancia unas de otras, debe contar de cincuenta á sesenta mil habitantes. Este pequeño Estado es simplemente tributario de Siam, pero con la condición de suministrar en caso de guerra el primero y mas considerable contingente.

El tributo consiste en oro ó en su valor en plata, y en algunos distritos, entre otros los de Tchaiapoune y Poukieau, asciende á 8 ticales por individuo. Otros los pagan en seda, que se pesa en la balanza de los mandarines, y estos como lo he visto hacer con el cardamomo en Pursat y con los langutis en Batambang, arreglan el peso á su manera, y compran por su propia cuenta, y al precio que se dignan fijar, la mejor mercancía.

Los elefantes son numerosos. Se sacan muchísimos del Este, del Cambodge y de todo el Laos setentrional hasta Muang-Lang. Hay en Korat un mercado de elefantes, de los cuales la provincia entera debe contar mas de un millar. En otro tiempo los bueyes y los búfalos costaban excesivamente baratos, pero las epizootias, que durante algunos años consecutivos han diezmando los ganados, han duplicado y hasta triplicado su precio. Se les trasporta al Sur desde las estremidades del Laos oriental y hasta desde las fronteras del Tonkin.

A 9 millas de Korat, al Este, he visitado un templo llamado Penom-Wat, que es muy notable, aunque no tan grande ni tan hermoso como el de Ongkor. El segundo gobernador me prestó un poney y un guia, y después de haber atravesado inmensos

arrozales bajo un sol de fuego que caía verticalmente, reflejado por una tierra amarillenta, llegué al sitio á que mi curiosidad me atraía, el cual, á manera de una oásis, se conocía en lontananza por los penachos

aéreos de sus cocoteros y su fresquísima verdura. No llegamos allí sin embargo sin tomar un baño forzado. Al atravesar el *Tekon*, que tiene de profundidad 4 pies próximamente, quise, para evitar el mojar me,



Hombre del Laos,

renovar las habilidades de la niñez imprudente, y á imitación de *Franconi*, me puse de pies sobre la silla; pero según el uso siamés, solo dos pequeños braman-tes sostienen la cincha, no sujeta con ninguna hebilla, y así es que en medio de la corriente, se volvió y me hizo tomar un remojón que hubiera envidiado el mas célebre alumno de los baños de la escuela de nata-ción. Esto me hizo permanecer media hora vestido á

la siamesa, y despues no quedó ninguna huella del pasado accidente. Penom-Wat es un bellissimo templo de 36 metros de largo por 14 de ancho, cuyo plano se asemeja bastante á una cruz. Está compues-to de dos pabellones ó capillas con techo abovedado de piedra y pórticos de una elegancia suma. La altura de las bóvedas es de 7 á 8 metros; la galería tiene de ancho 3 interiormente y 2 mas con las paredes.

En cada fachada de la galería hay dos ventanas en-rejadas. La construcción es toda de un asperon rojo y gris de grano bastante grosero, y en varios puntos empieza á descomponerse. En una de las puertas se

encuentra una larga inscripción. Los frontones de todas ellas están cubiertos de esculturas que repre-sentan á poca diferencia los mismos objetos que los de los templos de Ongkor y del Bassette. En uno de



Mujer del Laos.

los pabellones hay varios ídolos de piedra que repre-sentan á Buda, teniendo el mayor, que está actual-mente cubierto de andrajos, 2 metros 50 centímetros de altura. El grueso de las paredes del pabellon es de unos 2 metros. Cuando se llega á la cúspide, el ob-servador cree encontrarse en medio de las ruinas de Ongkor, pues la arquitectura es la misma, y han presidido á la construcción de ambos el mismo arte y

el mismo gusto. En los dos las piedras son inmensas, lisas como mármol, juntándose como con argamasa ó como dos tablas cuidadosamente unidas y enlazadas. Las rejas, el techo, todo el edificio es obra de los kmerdom y no una imitación, debiendo remontarse á los reinados ilustres que han dejado en varios pun-tos del imperio huellas de su grandeza. El interior sin embargo, está muy lejos de corresponder al este-

rior. Dicen los siameses que Penom era el templo de la reina, y que el de su esposo se halla en Pimaie, distrito situado á unas 30 millas al Este de Korat.

XXVII.

De Korat á Luang-Prabang.—Vertiente occidental de la barranca del Mekong.

No habiendo penetrado en el Laos oriental, ó publicado datos auténticos sobre aquel país, ningun viajero, al menos de que yo tenga conocimiento, hubiera sido una tontería consultar algunas cartas existentes de la Indo-China para que me sirviese de guía por el interior del Laos. Interrogar á los indígenas para adquirir noticias sobre los lugares alejados mas de un grado hubiera sido inútil. Mi objeto era ir á Luang-Prabang por tierra, explorar las tribus dependientes de aquel Estado al Norte, y descender al Mekong hasta Cambodge. Al salir de Korat, tenia que dirigirme hácia el Norte en tanto que encontrara caminos practicables y sitios habitados; indudablemente llegaria á orillas del rio, y si no caia directamente sobre Luang-Prabang, me tendria que dirigir al Este, cuando lo juzgara necesario.

Esperimenté de nuevo un retraso de algunos dias á mi llegada á Korat antes de poder obtener elefantes, hasta que al fin el virey, cuya ausencia me ocasionaba esta demora involuntaria, regresó, me recibió muy amistosamente, me dió una excelente carta para los gobernadores de sus provincias, dos elefantes para mí y mis criados, otros dos para mi equipaje, y me puse en camino para Tchiapoune. Antes de salir de Korat, el chino en cuya casa me alojaba me dió el siguiente consejo:

«Comprad un tam-tam, y donde quiera que os detengais, meted con él mucho ruido. Inmediatamente todo el mundo dirá: «¡Es un oficial del rey!» Los ladrones huirán y las autoridades os guardarán las mayores consideraciones. Si esto no basta, y queris allanar los obstáculos que los jefes laotianos no dejarán de suscitar en vuestro camino, el instrumento indispensable es un buen junco, cuanto mas largo mejor; aplicadlo á las espaldas de todos los mandarines que os opongán la menor resistencia ó que no se doblen inmediatamente á vuestras órdenes. Dejad á un lado todos los escrúpulos. El Laos no es el país de los francos; seguid mi consejo, y los resultados serán á pedir de boca.»

Al llegar á Tchiapoune, fui mucho mejor recibido, sin necesidad de recurrir al tam-tam ni al junco, pues la vista de los elefantes y la órden del virey de Korat volvieron al mandarín tan blando como una malva. Me dió otros elefantes para ir á visitar las ruinas de Pan-Brang, á 3 leguas al Norte de la ciudad, al pie de una colina. Los laotianos supersticio-

sos pretenden que contienen oro, pero que todos los que se han atrevido á hacer en ellas escavaciones para buscar el precioso metal se han vuelto locos.

Dos caminos van de Tchaiapoune á Poukieau. Uno de ellos, cruzando las montañas, es sumamente difícil, y por miedo de romper mis instrumentos, tomamos el otro, que evita sin duda muy malos pasos, pero que es doblemente largo. Saliendo el primer dia á la una, llegamos á la aldea llamada Nam-Jasiea, donde nos sorprendió una tempestad espantosa. Despues de abrigarnos lo mejor posible, llegamos á la entrada de un bosque, para pernoctar en él. La lluvia no dejó de caer por espacio de muchas horas durante el dia y todas las noches siguientes, de suerte que permanecimos en el bosque cinco dias sin ver habitacion alguna. Verdad es que nuestros jóvenes elefantes estaban muy cargados; y apenas podiamos andar mas que de 3 á 5 leguas diarias. Los torrentes se habian salido de madre, y toda la tierra no era mas que un inmenso lodazal, y así es que yo pasé las noches mas penosas de mi vida, obligado como estaba á dejarme secar encima toda la ropa mojada. Nadie puede imaginarse cuánto sufrimos. Yo echaba de menos los huracanes de nieve, muy frecuentes en Rusia, que mas de una vez habian amenazado mi vida.

Mi pobre Phrai se sintió acometido de una horrible fiebre dos dias antes de llegar á Poukieau, y yo tambien me encuentro muy indispueto. El paso de la montaña es facil, la ascension es casi insensible; grandes moles de piedra arenisca obstruyen la senda en varios puntos, pero los bueyes y sobre todo los elefantes se abren fácilmente paso. Solo dos ó tres veces he tenido que apearme de mi caballo, que lo he comprado en Korat, contando con que tendré que servirme de él durante una gran parte de mis viajes futuros.

La vegetacion es bella, aunque no exorbitante; hay pocos árboles de grandes proporciones, pues todos en general tienen un diámetro de 1 ó 2 pies, y llegan á una altura de 25, 30 y hasta 40 metros, notándose entre ellos muchos resinosos. A su sombra se guarecen muchos gansos y tambien tigres, y en la montaña hay muchos elefantes y rinocerontes. Hallamos inmensas capas de asperon, y en algunos puntos vimos pequeños é insignificantes monumentos de ladrillo que contienen ídolos de piedra tallada. En el camino, con los sacudimientos del elefante se desprendió una de mis cajas, que se hizo pedazos, cabiendo la misma suerte á toda la carga consistente en instrumentos y frascos de espíritu de vino que contenian serpientes y peces.

Poukieau es una ciudad menores considerable aun que Tchaiapoune. El gobernador es un buen hombre, que la víspera de nuestra llegada regresó de Korat, donde tuvo conocimiento de que yo iba á pasar por

su distrito. Me recibió perfectamente. Aquí reinan la pobreza y la miseria; no hemos podido comprar ni un pescado, ni un poco de manteca; no hay mas que arroz, por lo que apenas mi pobre Phrai se halla en disposicion de levantarse; proseguiré mi camino.

Tine-Tine es quien mas llama la atencion de los indígenas, que la fijan en mí muy poco; de suerte que cuando pasamos no gritan ya: «¡Un blanco ó un farang!» sino: «¡Un perrito!» y la gente se agolpa para ver tan estupenda curiosidad, y hasta despues no nos llega nuestra vez. En estas montañas, los laotianos ofrecen á los genios locales piedras y palos.

Las lluvias habian comenzado á mi segunda entrada en el Dong-Phya-Phaye, donde recibí por bautismo un espantoso diluvio, y han continuado despues, algunas veces con interrupciones de uno, dos y hasta tres dias; pero no me han detenido un solo instante, no obstante haber tenido que atravesar una region mas temida aun de los siameses que el bosque del Rey del Fuego, en la cual ninguno de ellos penetra voluntariamente.

Esta cordillera es la misma que desde las márgenes del Menam, en la provincia de Saraburi, se estiende al Sur á lo largo del golfo de Siam, rodea el Cambodge como un cinturón, cerca todas las costas del golfo, y forma allí un centenar de islas é islotes, mientras que por el otro lado corre directamente hácia el Norte, siempre creciendo y estendiendo al Este sus ramificaciones, que forman mil valles estrechos, y vierten en el Mekong todas sus aguas.

En esta region de montañas solo los elefantes sirven para los trasportes. No hay aldea que no posea cierto número de ellos, y algunas ciudades y burgos tienen cincuenta y hasta ciento. Pudiéramos llamar á este inteligente animal la fragata de los juncales y de las montañas tropicales; durante siete meses del año no habria sin él comunicacion alguna posible, al paso que con su auxilio, no hay lugar, por formidable que sea, que no pueda atravesarse. Para saber lo que vale es menester haberle visto en estos endiablados caminos, que no son mas que carriles y rodadas de 2 ó 3 pies de profundidad, ramblas y barrancas llenas de barro. Tan pronto dejándose resbalar con los pies juntos por la arcilla petrificada de las altas y escarpadas pendientes; tan pronto medio hundido en el fango, y un instante despues en pie encima de las agudas rocas, de las cuales al parecer solo un *Blondin* se atreveria á bajar, salva enormes troncos, rompe los arbustos y bambúes que se oponen á su paso, y se agacha con el vientre en el suelo para ayudar á los cornacs á poner bien la albarda que se le cae de la espalda, y mil veces en un dia, pasando sin tropezar con ellos entre troncos que no le dejan mas que el paso justamente necesario, sondando con su trompa la profundidad del agua y la de los lodazales para asegurar su mar-

cha, agachándose y levantándose sucesivamente, jamás tropieza ni da un paso en falso. Repito que es menester haberle visto trabajando en su patria, en los lugares que frecuenta mas comunmente, en estado de libertad, aunque adiestrado, para formarse una idea de su inteligencia, de su fuerza, de su docilidad, de su destreza, y sobre todo de la admirable manera con que funcionan todas las articulaciones de que por espacio de tiempo se ha considerado destituido al coloso, que no es, no, un grosero esbozo de la naturaleza, sino una criatura formada, no para confundir el espíritu del hombre, sino para darle con frecuencia lecciones de bondad, de prevision y de paciencia. No debemos sin embargo exagerar su utilidad; con los bastos ó albardas empleadas por los siameses y laotianos, susceptibles sin duda de perfeccionarse mucho, la carga de tres pequeños bueyes, es decir, de 250 á 300 libras, es todo lo que he visto trasportar holgadamente á los mayores elefantes lo mismo en terreno llano que en terreno montuoso, y la distancia de 18 millas es la mayor que pueden recorrer con un paso moderado, siendo de 10 á 12 millas las jornadas diarias.

Así es como con cuatro, cinco y hasta siete elefantes crucé todo este mar de montañas, subiendo y bajando sin cesar desde mi entrada en el Laos hasta Luang-Prabang, lo que constituye un espacio de 500 millas.

Toda esta vertiente oriental, esceptuando algunas aldeas de salvajes *de vientre negro* (1), enclavadas en este Estado, está habitada por el mismo pueblo, por los laos ó laotianos *de vientre blanco*, que se llaman ellos mismos laos, sin que por ningun otro nombre les conozcan los siameses, los chinos y todos los demás pueblos circunstantes.

Los laotianos de vientre negro, ú occidentales, son designados por sus hermanos del Este con el nombre que en Siam y en Cambodge se da á los anamitas: *zuenos*, *lao-zuenos*, distinguiéndose de ellos en que se pintan la parte superior del cuerpo, y principalmente los muslos, y llevan con frecuencia los cabellos largos atados en el vértice de la cabeza formando un moño. Su lenguaje es idéntico en el fondo, y apenas se diferencia del siamés y del lao oriental mas que por la pronunciacion y la acepcion de ciertos vocablos que no se hallan ya en uso en el primero de estos pueblos.

No tardé en convencerme de que sin la espresiva carta del gobernador de Korat todos los jefes me habrian acogido del mismo modo que el de Thaiapoune; pero la carta era muy esplicita, y por ella se exigia que por donde quiera que pasase se me proporcionaran elefantes y se me suministrasen todas las provisiones necesarias.

(1) Llamados así á causa de los dibujos con que se adornan esa parte del cuerpo.